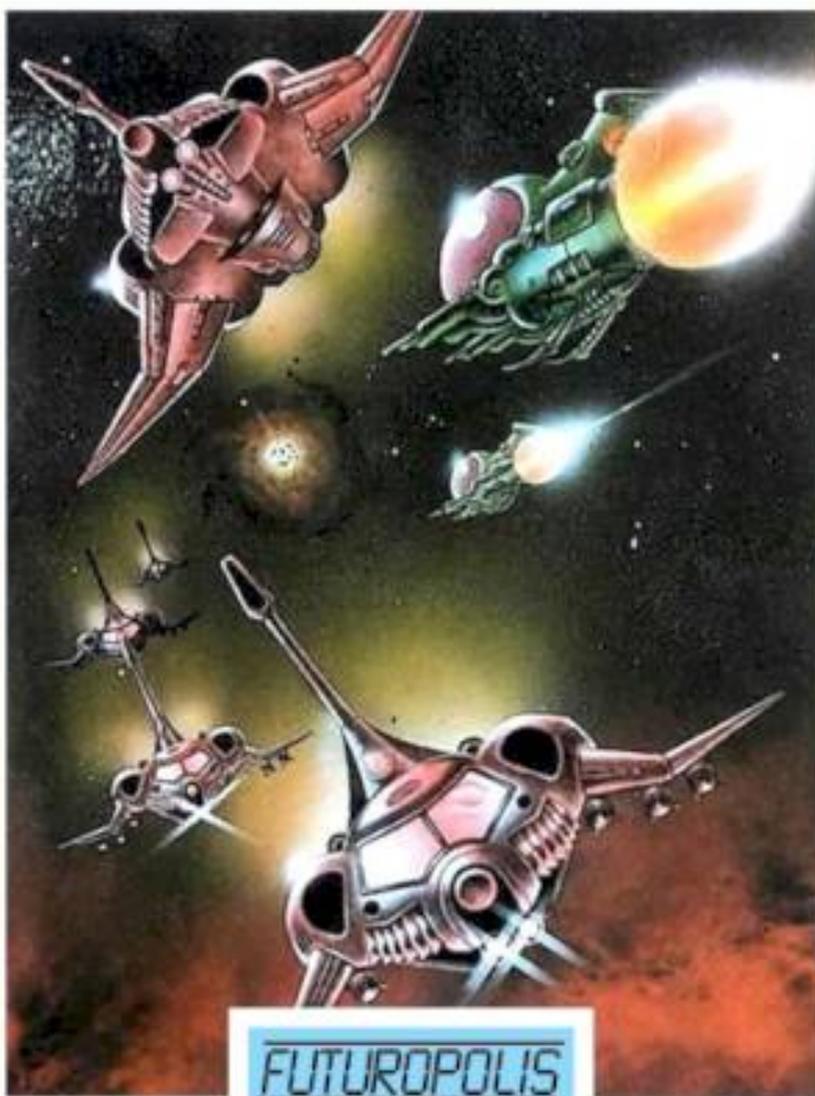


Gordon R. Dickson

DORSAI

Cielo Dorsai I



Con ferocidad sus hombres abrieron fuego desde los árboles. Durante varios segundos reinó una confusión total en el suelo. No es fácil descubrir de inmediato desde qué dirección te están disparando con un rifle de agujas. Durante unos cinco minutos, los soldados lucharon bajo el engaño de que los rifles que los diezmaban provenían de una emboscada a nivel del suelo. Sin piedad dispararon contra todo lo que creyeron ver a la altura de sus ojos; cuando descubrieron su error, fue demasiado tarde. El fuego de ciento cincuenta rifles se concentró en su decreciente número; y si la puntería de uno solo de sus soldados era la de un Dorsai, la del resto resultó suficiente para la tarea encomendada. En menos de cuarenta minutos, desde el momento en que Donal despertó a sus hombres y les ordenara subirse a los árboles, la batalla había terminado.

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se

editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny (1970).
5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).

12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphane Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).

32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).
38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

UNO

CADETE

El muchacho era raro.

Él mismo lo sabía. Incluso se lo había escuchado a sus mayores —su madre, su padre, sus tíos, los oficiales de la Academia— cuando hablaban entre ellos, asintiendo con gesto confidencial; y no sólo una vez, sino muchas, en sus cortos dieciocho años de vida, incluido este mismo día. Ahora, mientras vagaba solo por los vacíos campos de entrenamiento bajo la larga y ambarina luz crepuscular, antes de regresar a su casa y a la cena de graduación que le esperaba, admitió la singularidad... ya estuviera de verdad en sí mismo, o, únicamente, en lo que los demás pensaban de él.

—Un muchacho raro —había oído que el Comandante de la Academia le dijo una vez al Oficial de Matemáticas—, nunca sabes cómo reaccionará.

En casa, su familia estaría esperando su regreso... inseguros de cómo reaccionaría. No sabrían si aceptaría su Primera Salida. ¿Por qué? Nunca les había dado un motivo para que dudaran. Era un Dorsai de los Dorsai, su madre una Kenwick, su padre un Graeme, nombres tan antiguos que su origen se remontaba a la misma prehistoria del Planeta Madre. Su valor era incuestionable, su palabra, sin tacha. Había sido el primero de su clase. Sus mismos huesos

y sangre eran la herencia de una larga línea de grandes soldados profesionales. Ninguna mancha deshonrosa mancilló jamás los nombres de esos guerreros, no hubo nunca que quemar ninguna casa ni sus habitantes tuvieron que esconder la vergüenza familiar bajo otros nombres, debido a algún fracaso por parte de uno de los hijos de la familia. Y, sin embargo, dudaban.

Llegó hasta la cerca que separaba las altas vallas de los fosos de saltos y se apoyó sobre ella con ambos codos, la túnica de Cadete Mayor marcó sus hombros. Bajo el fulgor enorme de la puesta de sol, se preguntó de qué modo era raro. ¿Dónde estaba su diferencia?

Mentalmente se separó de su cuerpo y se examinó. Un joven esbelto de dieciocho años..., alto y fuerte, pero no para los cánones de los Dorsai. Tenía el rostro de su padre, marcado y anguloso, la nariz recta, pero sin los huesos sólidos de éste. El color de su piel era oscuro como la mayoría de los Dorsai, el cabello liso y negro, un poco áspero. Sólo sus ojos —esos ojos indeterminados que no tenían un color definido, sino que variaban del gris al verde y al azul, desprendiendo de sus estados anímicos— no pertenecían a ninguna rama de la familia. ¿Acaso sólo los ojos eran los culpables de su reputación de persona rara?

Claro, también estaba su carácter. Había heredado en su totalidad esas frías y repentinamente peligrosas furias de los Dorsai, que habían hecho que nadie en su sano juicio quisiera enfrentarse a ellos sin una buena causa. Pero eso lo sabía todo el mundo; y si los Dorsai pensaban que Donal Graeme era raro, no podía ser únicamente por ese motivo.

Quizá fuera, se preguntó en ese momento contemplando la puesta de sol, incluso en su cólera demasiado calculador... demasiado controlado. Y, mientras pensaba en ello, toda su peculiaridad, toda su singularidad lo inundó súbitamente junto con esa extraña sensación de disociación corporal que se apoderaba de él, esporádicamente, desde su nacimiento.

Siempre le llegaba en momentos como éste, en que se sentía dominado por la fatiga y una gran emoción. Recordó la primera vez, cuando era muy joven, en la capilla de la Academia durante la misa vespertina, casi desmayado de hambre después de un largo día de interminables ejercicios militares y más duras lecciones. El crepúsculo; igual que ahora, se deslizó lentamente a través de las altas ventanas en las desnudas y relucientes paredes y en los solidográficos de famosas batallas, iluminándolas. Él estaba entre las filas de sus compañeros de clase, en los recios y bajos bancos, una más de las masculinas voces ordenadas según el rango, desde el cadete más joven hasta la profunda gravedad de los oficiales, entonando las solemnes notas del Himno del fin de oficio.

Un temblor frío recorrió su espalda. El encantamiento era completo. En derredor suyo, la roja y moribunda luz inundó la tierra. Muy lejos, en el cielo, el punto negro de un halcón voló en círculos. Pero aquí, al lado de la cerca y de las altas vallas, él se sintió aislado, encerrado por una especie de muralla transparente y clara que le apartaba del universo, solo e intocable, hechizado. Los mundos habitados y sus soles se hundieron, desvaneciéndose en el ojo de su mente; y sintió la peligrosa llamada de la sirena de aquel océano, con un importante y oculto propósito que le prometía *realización* a la vez que una disolución final. Allí erigido, sus olas rompieron a sus pies, y, como siempre, se esforzó en alzar la pierna y penetrar en sus profundidades, perdiéndose para siempre, pero algo en su interior gritó contra la autodestrucción y le retuvo.

Luego, súbitamente —tan de repente como había llegado—, el hechizo se disolvió. Dio media vuelta y se dirigió a casa.

Hombre

Los hombres de la casa de Eachan Khan Graeme estaban sentados alrededor de la larga y lustrosa mesa del amplio y oscuro comedor; bebían unas copas una vez que las mujeres y los niños se habían retirado. No todos se encontraban presentes, ni —salvo un milagro— era muy probable que lo estuvieran jamás, no en esta vida. De dieciséis hombres adultos, nueve luchaban en las guerras que se libraban entre las estrellas, uno se recuperaba de una operación reconstructiva en el hospital de Foralie, y el mayor, el hermano del abuelo de Donal, moría tranquilamente en su habitación en la parte trasera de la casa, con un tubo de oxígeno en su nariz y el ligero aroma de las lilas de la bahía que le recordaban a su esposa maranita, muerta cuarenta años atrás. A la mesa había cinco hombres, de los cuales, desde las tres de la tarde, Donal era uno de ellos.

Los que le acompañaban, dándole la bienvenida a su vida adulta, eran Eachan, su padre; Mor, su hermano mayor, que vino de permiso a casa desde el planeta de los Amistosos; y sus tíos gemelos, Ian y Kensie, que eran los siguientes en edad, por encima de James, que murió en Donneswort. Se hallaban sentados juntos en el extremo de la mesa, con Eachan a la cabecera, sus dos hijos a su derecha y sus dos hermanos gemelos más jóvenes a su izquierda.

—Tenían buenos oficiales cuando yo estuve allí —decía Eachan. Se inclinó hacia adelante para llenar otra vez la copa de Donal, y éste la cogió automáticamente, escuchando con atención.

—Todos los freilandeses —comentó Ian, el más sombrío de los dos oscuros gemelos—. La totalidad de su organización se anquilosa sin un combate. Kensie opina que Mará o Kultis, y yo lo corroboro; ¿por qué no?

—He escuchado que tienen compañías enteras de Dorsai allí —intervino Mor, a la derecha de Donal. La voz profunda de Eachan le respondió desde su izquierda.

—Son sólo guardias de exhibición. Los conozco. ¿Por qué hacer una tarta entera de azúcar? Al Unificador de Kultis le gusta creer que posee una guardia sin par; sin embargo, los movilizaría inmediatamente con el resto de las tropas en caso de que hubiera una guerra seria en las estrellas.

—Y, mientras tanto —añadió Kensie, una rápida sonrisa le iluminó su austero rostro—, la inactividad total. Las prácticas militares se agrian en los períodos de paz. Los escuadrones se escinden en pequeñas pandillas, los petímetros se infiltran, y un hombre de verdad —un Dorsai— se convierte en un ornamento.

—Cierto —asintió Eachan.

Donal bebió distraídamente de su copa, y la falta de costumbre al *whisky* le quemó profundamente el paladar y la garganta. Pequeñas gotas de sudor surgieron en su frente; pero las ignoró, concentrado en lo que se hablaba. Sabía que esta charla redundaba en su beneficio. Ahora ya era un hombre, y nadie podía decirle lo que tenía que hacer. La elección de su destino de servicio era suya, y le estaban ayudando con el conocimiento que poseían de los ocho sistemas y sus costumbres.

—... Nunca me entusiasmó demasiado el deber en la guarnición —continuó Eachan—. El trabajo de un mercenario es entrenar, mantenerse y luchar; pero, una vez que las bases han sido establecidas, lo importante es la batalla. No es que considere que todos en este planeta sean buenos. Hay Dorsai y Dorsai... y no todos son Graeme.

—Volviendo a los Amistosos... —intervino Mor, y se detuvo, mirando a su padre, consciente de que lo había interrumpido.

—Prosigue —le indicó Eachan con un gesto.

—Iba a señalar —comentó Mor— que donde hay mucha acción es en Asociación... y también en Armonía; por lo menos, eso es lo que he oído. Las sectas siempre lucharán entre sí. Y necesitan guardaespaldas...

—Lo que nos faltaba, ser pistoleros personales de alguien —cortó Ian, que, al estar más próximo en edad a Mor que su padre, no sintió la necesidad de ser diplomático—. Ése no es trabajo para un soldado.

—Los deseos son vampiros —observó Eachan desde la cabecera de la mesa—. El camino del soldado es un arte puro. Nunca confié en un hombre que anhelara la sangre, el dinero o a las mujeres.

—Me han dicho que las mujeres son agradables en Mará y Kultis —sonrió Mor.

—No lo negaré —replicó Kensie alegremente—. Pero, algún día, tienes que regresar a casa.

—Dios quiera que todos volváis —interpuso Eachan sombríamente—. Yo soy un Dorsai y un Graeme, sin embargo, si este pequeño mundo nuestro tuviera algo más que intercambiar por los contratos de nuestros profesionales en los mundos exteriores, además de la sangre de nuestros mejores luchadores, sería más feliz.

—¿Te habrías quedado tú en casa, Eachan —preguntó Mor—, cuando eras joven y tenías dos buenas piernas?

—No, Mor —contestó Eachan pesadamente—. Pero hay otras artes, aparte del arte de la guerra... incluso para un Dorsai —contempló a su hijo mayor—. Cuando nuestros antepasados se establecieron en este mundo, hace menos de ciento cincuenta años, no lo hicieron con la idea de suministrarles carne de cañón a los ocho sistemas. Únicamen-

te querían un mundo donde ningún hombre pudiera manipular el destino de otro hombre sin el consentimiento de éste.

—Y eso es lo que tenemos —acordó Ian con crudeza.

—Y eso es lo que tenemos —repitió Eachan—. Los Dorsai vivimos en un mundo libre donde todos los hombres pueden hacer lo que les place siempre que respeten los derechos de sus vecinos. Y ni siquiera los ochos sistemas unidos intentarían enfrentarse con nuestro mundo. Pero el precio... el precio... —Sacudió la cabeza y llenó de nuevo su copa.

—Vamos, éstas son palabras demasiado densas para un hijo que está a punto de marcharse —dijo Kensie—. Hay muchas cosas buenas en la vida tal como es. Además, hoy estamos sometidos a la presión económica, y no militar. ¿Y, si no fuera así, quién querría a los Dorsai, salvo nosotros? Los que tienen motivos de preocupación son los mundos nuevos y ricos, como Ceta en Tau Ceti, o alguno de los mundos más ricos y más antiguos, tipo Freilandia o Newton, o el mismo Venus. Ellos son los que luchan encarnadamente por conseguir los mejores científicos, los mejores técnicos, los artistas y médicos más relevantes. Y, debido a eso, nosotros tenemos más trabajo, lo que nos proporciona un mejor sistema de vida.

—Sin embargo, Eachan tiene razón, Kensie —gruñó Ian—. Todavía sueñan con someternos y luego negociar aisladamente con nosotros para ver quién obtiene la ventaja definitiva sobre los demás mundos —se inclinó hacia Eachan y, en la difusa luz del comedor, Donal vio el súbito destello de la herida cauterizada que subía por su antebrazo como una serpiente, y se perdía en los pliegues de la manga de su corta e informal túnica—. Ése es el peligro del que nunca estaremos libres.

—Con respecto a los Exóticos... —comenzó Mor en voz baja.

—Oh, sí —respondió Kensie—. Mará y Kultis... son mundos interesantes. No te engañes si alguna vez vas allí, Mor... o tú, Donal. A pesar de todo su arte y subterfugios, que les da una apariencia de debilidad, son muy duros. Ellos nunca pelearán, pero saben contratar hombres bien preparados. También se está llevando a cabo una gran labor de investigación en Mará y Kultis, y no sólo en las artes. Si puedes, habla algún día con uno de sus psicólogos.

—Son honestos —repuso Eachan.

—Cierto —aceptó Kensie—. Lo que intuyo es que avanzan hacia una meta particular, a su propia manera. Si tuviera que elegir otro mundo en el que me hubiera gustado nacer...

—Yo siempre sería un soldado —observó Mor.

—Eso es lo que piensas ahora —replicó Kensie, y bebió de su copa—. Eso es lo que piensas ahora. Pero ésta es una civilización desquiciada, en este año 2043 de nuestro Señor, con su personalidad dividida en doce direcciones diferentes por doce culturas distintas. Hace menos de quinientos años, el hombre corriente nunca soñó con que llegaría a alzar los pies de la tierra. Y cuanto más lejos avanzamos, más rápido vamos. Y cuanto más rápido, más lejos.

—Es el grupo de Venus el que está detrás de todo eso, ¿verdad? —preguntó Donal, su reticencia juvenil había desaparecido con los vapores calientes del *whisky*.

—No lo creas —dijo Kensie—. La ciencia es sólo un camino hacia el futuro. El Viejo Venus, el Viejo Marte... Cassida, Newton, quizá ya han tenido su época. Project Blaine es un anciano rico y poderoso, pero no está al tanto de todo lo nuevo que sueñan en Mará y Kultis, o los Amistosos... ni siquiera en Ceta. Aseguraos de comprobar dos veces las cosas cuando salgáis a las estrellas, ya que sois jóvenes, y en nueve de cada diez ocasiones, la primera percepción os engañará.

—Escuchadle, muchachos —comentó Eachan desde su asiento—. La mente de vuestro tío Kensie es superior a la

de cualquier hombre. Me gustaría poder daros el mismo buen consejo. Cuéntales, Kensie.

—Nada permanece inmóvil —prosiguió Kensie... y con esas tres palabras, el *whisky* pareció inundar la cabeza de Donal; la mesa y las oscuras caras huesudas oscilaron ante él en la penumbra del comedor, y la voz de Kensie le llegó como un rugido lejano—. Todo cambia, y eso es lo que debéis tener presente. Lo que ayer era una verdad, tal vez hoy ya no lo sea. Recordadlo, y no aceptéis la palabra de ningún hombre sin reservas, incluso la mía. Nos hemos multiplicado como las plagas bíblicas, diseminándonos por las estrellas, separándonos en diferentes grupos con distintas costumbres. Y ahora, mientras aún parecemos correr hacia Dios sabe dónde, a una velocidad terrible que aumenta constantemente, tengo la sensación... como si estuviéramos todos quietos ante el umbral de algo grandioso y distinto, tal vez terrible. En verdad que es el momento de andar con cuidado.

—¡Seré el general más grande que jamás existió! —gritó Donal, y quedo tan sorprendido como los demás al escuchar las palabras titubeantes que salieron de su interior—. Todos lo verán... ¡les mostraré lo que puede ser un Dorsai!

Fue consciente de que lo miraban, aunque todos sus rostros estaban borrosos, excepto —debido a un engaño de la vista— la cara de Kensie, que quedaba en diagonal con la suya a través de la mesa. Kensie lo escrutaba con sombríos y penetrantes ojos. Donal notó la mano de su padre en el hombro.

—Es hora de irse a dormir —observó su padre.

—Ya lo veréis... —dijo Donal con voz espesa. Pero todos se estaban incorporando con las copas en la mano, volviéndose hacia su padre, que sostenía en alto la suya.

—Espero que volvamos a reunimos otra vez —deseó su padre.

Y, allí de pie, bebieron. Lo que quedaba del *whisky* en su copa bajó como agua por la garganta de Donal... enton-